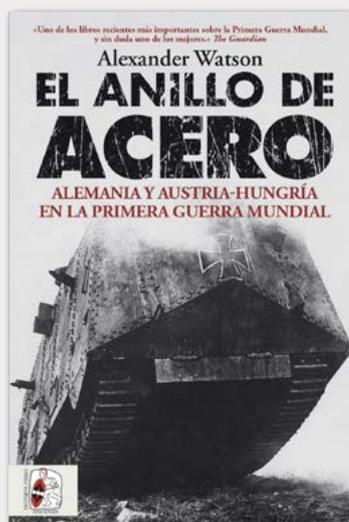


## Lo que nunca entendimos de la Primera Guerra Mundial

Una imprescindible reevaluación militar, política, económica, social y cultural de la Primera Guerra Mundial merecedora de los máximos galardones internacionales, y una obra esencial para comprender el violento siglo XX europeo con ecos de tremenda actualidad en el momento presente.



**El anillo de acero. Alemania y Austria-Hungría en la Primera Guerra Mundial**  
978-84-128158-7-0  
760 páginas + 16 en color  
15,5 x 23,5 cm  
Rústica con solapas  
P.V.P. 29,95 €

Agosto de 1914, Alemania y Austria-Hungría lanzan sus ejércitos a la guerra con resolución inquebrantable, convencidas en que la justicia estaba de su lado y confiadas en una veloz y decisiva victoria. Apenas un mes después, la feróz embestida de Alemania se había atascado en el oeste al tiempo que Austria-Hungría sufría catastróficas pérdidas en el este. El sueño de una rápida victoria se tornaba en pesadilla a una escala nunca antes soñada que desgarraría los campos, incendiaría los cielos y sacudiría los mares de la vieja Europa. Para las Potencias Centrales la guerra se convirtió en un monstruoso asedio, estranguladas por el implacable bloqueo británico que abocaba a sus pueblos a la inanición y emasculaba su esfuerzo bélico, y rodeadas de enemigos más poderosos y numerosos. Un anillo de acero que se ceñía inexorablemente sobre sus gargantas. En esta magistral y multipremiada relectura de la Primera Guerra Mundial desde la perspectiva de las Potencias Centrales, Alexander Watson, autor del celebrado *La fortaleza*, pone al lector en la piel de sus perdedores, tanto de los líderes de Berlín y Viena, como especialmente de los pueblos de Europa central para, a través de sus experiencias individuales y colectivas, hacernos partícipes de sus padecimientos pero también dejar patente la movilización y aquiescencia, más o menos entusiasta, del grueso de la sociedad para llevar a cabo esta primera «guerra total» hasta sus últimas consecuencias. Así, en su libro Watson explora cómo se consiguió y mantuvo el consenso para desatar y sostener la guerra, cómo el propio devenir de la misma fue germen de radicalización de sus sociedades y cómo estas se fragmentaron, desatando los conflictos de clase y étnicos que precipitaron el colapso político y que inocularían un venenoso legado de amargura y violencia que tendría un corolario funesto menos de dos décadas después.

**Premio Guggenheim-Lehrman de Historia Militar**

**Premio Wolfson de Historia**

**Premio Distinguished Book Award de la Society of Military History**



**Alexander Watson** es profesor de Historia en Goldsmiths, University of London. Especialista en los conflictos europeos de comienzos del siglo XX, especialmente en Europa central y oriental, ha profundizado en los aspectos sociales, culturales y militares de la “guerra total”, así como en la historia de la violencia, el surgimiento de las conciencias nacionales y las limpiezas étnicas previas al Holocausto. Es autor de *Ring of Steel: Germany and Austria-Hungary in World War I*, galardonado con los premios Wolfson de Historia y Guggenheim-Lehrman de Historia Militar, y *Enduring the Great War*, ganador del Premio Fraenkel.

En librerías el miércoles 2 de octubre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA



# SE HA DICHO DE *ANILLO DE ACERO*

«Quizás el libro más importante de la última cosecha de títulos sobre la Primera Guerra Mundial, y sin duda uno de los mejores».

*The Guardian*

«Un libro a veces apasionante, otras conmovedor, y siempre revelador».

*Financial Times*

«Una contribución indispensable».

*Wall Street Journal*

«Los historiadores occidentales han tendido a ver la Gran Guerra predominantemente desde el lado de los aliados. Watson ha prestado a nuestra comprensión un servicio inestimable al examinar estos acontecimientos familiares desde la perspectiva de las Potencias Centrales».

*The Telegraph*

«Iluminador... No encontrarán una historia mejor y más equilibrada».

*Battles and Book Reviews*

«No solo mira el conflicto desde la perspectiva de las Potencias Centrales perdedoras, la Alemania imperial y Austria-Hungría, sino que reúne temas políticos, historia militar, económica y cultural en una narrativa apabullante».

Libro de Historia del Año del *Sunday Times*

«Notable... la primera historia completa de la guerra escrita desde la perspectiva de las Potencias Centrales».

*Los Angeles Review of Books*

DOSIER DE PRENSA



# LAS CLAVES DEL LIBRO

*El anillo de acero* es un libro esencial para cualquiera que desee **comprender en profundidad la Primera Guerra Mundial**, abordada desde la ignorada perspectiva alemana y austrohúngara, y el violento siglo XX que la siguió.

---

Un libro que ha sido merecedor del **Premio Wolfson de Historia**, máximo reconocimiento británico de esta materia, y el **Premio Guggenheim Lehrman** de Historia Militar, el máximo galardón mundial para estudios sobre la guerra.

---

El libro promueve una nueva comprensión del conflicto como una “**guerra de los pueblos**”. No solo se fija en los dirigentes que tomaban las decisiones, sino también a los ciudadanos de a pie cuyo consentimiento y resiliencia fueron cruciales para su desarrollo.

---

*El anillo de acero* cubre **temas ignorados e inexplorados en otras historias**. Se pregunta cómo un Estado tan diverso como el Imperio Habsburgo movilizó a su pueblo; descubre la olvidada invasión rusa y las atrocidades cometidas en Alemania; revela cómo se mantenía la moral en el frente interior; lleva a los lectores a un recorrido por la Europa central en guerra, desde manifestaciones patrióticas hasta sórdidos burdeles militares; incluso explica cómo escapar de un submarino alemán que se hunde.

---

El libro ofrece nuevas perspectivas sobre el **venenoso legado de la Primera Guerra Mundial** para el siglo XX. Se busca el origen de la radicalización ideológica durante el conflicto, y el controvertido papel en ello del bloqueo naval británico ilegal, que infligió sufrimiento a los civiles en toda Europa central, fragmentando sociedades y generando amargos conflictos étnicos y odios raciales y antisemitismo duraderos. También revela la gran influencia de esa guerra económica al empujar a los líderes alemanes a girar hacia el este para crear un imperio rico en recursos y a prueba de bloqueos, dos décadas antes de que Adolf Hitler lanzara su sangrienta búsqueda de un *Lebensraum* en la misma región.

---

Finalmente, el libro tiene una **profunda relevancia contemporánea**: en un momento de radicalización ideológica en Occidente, de estancadas guerras de desgaste como la que se vive en Ucrania y de violencia encarnizada en Oriente Próximo los ecos de la Primera Guerra Mundial resuenan con más eco que nunca.

# SUMARIO

## *Anillo de acero* explicado por Alexander Watson



### EN POCAS PALABRAS

La Primera Guerra Mundial fue la «gran catástrofe seminal» que marcó y dio forma al violento siglo XX. *El anillo de acero* es la primera historia moderna que narra este conflicto transformador desde el punto de vista de las potencias que estuvieron en su epicentro: Alemania y Austria-Hungría. Estos Estados iniciaron las hostilidades, lucharon contra una coalición enormemente superior durante más de cuatro años y medio brutales, fueron invadidos, asediados, condenados a la inanición y, finalmente, derrotados. Juntos sufrieron un tercio de los diez millones de muertos de la guerra. Si el cataclismo de 1914-1918 fue la causa de los males que más tarde asolarían Europa –dictaduras totalitarias, otra guerra mundial y genocidios–, ello se debió en primer lugar a que transformó profundamente las sociedades de Europa central. La clave del trágico curso de la historia moderna del continente reside en esta región, y en el extraordinario esfuerzo, los sacrificios irredentos y el desplazamiento moral que sufrieron sus pueblos en 1914-1918.

El dinamismo y el potencial transformador de la Primera Guerra Mundial procedían, según se argumenta en *El anillo de acero*, de su naturaleza como un nuevo tipo de conflicto de masas, de «guerra popular» (*Völkrieg*). El libro trata de entender la conflagración a través de los ojos de los monarcas, estadistas y generales alemanes y austrohúngaros que dirigieron la guerra. Pero, por encima de todo, es la historia de sus pueblos: los soldados que se hacinaban en las trincheras del frente occidental o que combatían en los inmensos espacios de Europa oriental, y las mujeres, niños, ancianos y enfermos, no fueron menos cruciales en

este conflicto, que recogían materias primas, trabajaban en granjas y fábricas, tiritaban en las colas de la comida e invertían su dinero en préstamos estatales para financiar la guerra. El calvario de los centroeuropeos se definió por su encierro en un «anillo de acero»: al este estaba Rusia; al norte, al oeste y al sur estaban Gran Bretaña, Francia, Italia, más tarde Estados Unidos, y una multitud de naciones más pequeñas. Al final de la guerra, estos enemigos controlaban el 61 % del territorio mundial, el 64 % de su PIB y el 70 % de su población. Un bloqueo naval británico, cada vez más implacable, cerró el cerco. El conflicto adoptó la forma de un inmenso asedio, que necesitó la movilización de recursos materiales y el compromiso y la resistencia humanos a una escala inimaginable.

*El anillo de acero* sigue los esfuerzos bélicos de las Potencias Centrales, la tremenda resistencia de sus pueblos y el colapso final de los Estados. Para librar una «guerra del pueblo» era esencial el consentimiento de sus ciudadanos. El libro sigue la asombrosa movilización social al comienzo de las hostilidades, las fascinantes «culturas de guerra» que se desarrollaron en 1914-1915 y el debilitamiento del compromiso popular con la victoria en 1916-1918, cuando una nueva y sofisticada propaganda contribuyó a prolongar la disposición de la gente a resistir. Sin embargo, bajo la violencia radicalizadora del conflicto se abrieron graves fisuras entre las élites gobernantes y la población. Cuando el bloqueo naval y la guerra industrial intensiva en recursos expusieron la gran vulnerabilidad de Europa central a los ataques a su economía, las élites alemanas respondieron explotando sin piedad los territorios ocupados y ampliando sus objetivos bélicos para conservar estos recursos tras la victoria. Este ansia de conquista, no obstante, chocó con

la resolución defensiva de los pueblos y su anhelo de paz, alimentando una crisis de legitimidad que acabó desembocando en un cambio de régimen y en la derrota. Paralelamente, el libro explora la trágica fragmentación de la sociedad causada por el hambre, las penurias y los sacrificios desiguales. El antagonismo de clase, los odios étnicos y el antisemitismo escalaron, no solo precediendo y precipitando el colapso político, sino que persistieron de forma catastrófica incluso después de que se reinstaurara el orden estatal. Cuando las armas callaron en 1918, no hubo vuelta a la paz ni a la normalidad, se habían roto demasiados puentes. Reinaban el dolor, la amargura y los prejuicios. La Primera Guerra Mundial llevó a Europa central por un camino muy oscuro.

### UN DESARROLLO AMPLIO

*El anillo de acero* comienza reflexionando sobre la inmensa destrucción infligida por la Primera Guerra Mundial. Las grandes potencias de Europa central –Alemania y Austria-Hungría– estuvieron en el núcleo del desastre, fueron las instigadoras y las perdedoras del conflicto. Ninguna otra sociedad se sacrificó más

ni perdió tanto. La introducción sostiene que la clave para entender el violento siglo XX europeo reside en esta región, y en el impacto transformador de la violencia y el sufrimiento padecidos y perpetrados por sus pueblos en 1914-1918.

El **capítulo 1 (Decisiones bélicas)** relata la crisis internacional precipitada por el asesinato del archiduque Francisco Fernando a manos de terroristas serbobosnios en Sarajevo el 28 de junio de 1914, y el camino de Europa a la guerra. El capítulo sitúa a Austria-Hungría en el centro de este desastre: sus dirigentes estaban indignados por el asesinato de su heredero al trono y temían parecer débiles. Garantizado el apoyo incondicional de su aliado más fuerte, Alemania –cuyo gobierno esperaba aumentar su poder global y también temía su cerco por la coalición hostil de Francia, Rusia y Gran Bretaña–, los Habsburgo se propusieron demostrar su fuerza con una pequeña guerra contra Serbia. El capítulo describe el rápido desarrollo de las tensiones y los movimientos diplomáticos. Muestra cómo Rusia desempeñó un papel decisivo en la escalada de la crisis, poniendo en peligro a toda Europa con su precipitado paso a los preparativos militares. Los alema-



nes, que habían esperado en vano que la crisis dividiera a sus enemigos, solo se movilizaron cuando Rusia pareció amenazar sus fronteras. Los imprudentes responsables de la toma de decisiones en Austria-Hungría desencadenaron una dinámica de escalada que, lejos de traer la pequeña guerra que imaginaban, catapultó a las potencias a una conflagración que, como advirtió sombríamente en su víspera el jefe del Estado Mayor alemán, el general Helmuth von Moltke, «aniquilaría durante décadas la civilización de casi toda Europa».

El **capítulo 2 (Movilizar al pueblo)** se centra en los pueblos de Austria-Hungría y Alemania, y explora cómo reaccionaron ante la llegada de la guerra. La rapidez con que la crisis diplomática escaló conmocionó profundamente a la población. El asesinato de Francisco Fernando tuvo una enorme repercusión en la prensa y dominó los titulares durante unos días, pero la atención pronto se desvió y pocos previeron que podría desembocar en una guerra general europea. Solo la abrupta emisión de un duro ultimátum austrohúngaro a Serbia casi un mes después, el 23 de julio, alertó al público del peligro. La última semana antes del colapso de la civilización fue testigo de manifestaciones masivas por la paz en toda Alemania. Participaron unos 750 000 hombres, mujeres y niños. En las grandes ciudades de Alemania y Austria-Hungría también se reunieron multitudes patrióticas más pequeñas, pero ruidosas y ampliamente difundidas; sin embargo, estaba claro que en ambos Estados la gran mayoría estaba asustada y horrorizada ante la perspectiva de la primera conflagración a escala europea en un siglo. Sin embargo, una vez declarada la guerra, el ambiente cambió. La gente estaba temerosa y ansiosa, los rumores florecieron; el capítulo relata la extraordinaria leyenda de los «coches de oro» —un rumor de que agentes franceses disfrazados intentaban llevar 80 millones de francos de oro a través de Alemania hasta Rusia—, que hizo que los civiles levantaran barricadas y se armaran. Sin embargo, también se produjo una oleada de patriotismo defensivo, espoleado por la creencia de que la invasión rusa era inminente. El Gobierno alemán, en llamativo contraste con el austriaco, forjó con habilidad la unidad popular, llevando a su pueblo unido a la guerra.

El **capítulo 3 (La guerra de las ilusiones)** se centra en los primeros combates en los Balcanes y en el frente occidental. Tanto Austria-Hungría como Alemania iniciaron la guerra con potentes ofensivas. El capítulo aborda sus planes de campaña y la diferente calidad de sus ejércitos, antes de pasar a los combates. El ataque de Alemania a Francia a través de la neutral Bélgica fue una estrategia ambiciosa y preparada desde hacía tiempo —aunque poco realista— para ganar rápida y decisivamente en el oeste antes de que Rusia pudiera movilizar sus enormes efectivos. El asalto de Austria-Hungría a Serbia fue más emocional: un plan de mano dura para «castigar» a los serbios, que había

sido probado en juegos de guerra en tiempos de paz y que había demostrado que probablemente fracasaría. Cuando, tras menos de dos semanas, los ejércitos de los Habsburgo fueron expulsados de la pequeña Serbia, la humillación fue colosal. El ataque alemán en el oeste también decepcionó, aunque al menos logró capturar el rico corazón industrial del noreste de Francia y garantizar que el territorio francés y belga, y no el alemán, sería devastado en los cuatro años de lucha siguientes. Sin embargo, la invasión no provocada de la neutral Bélgica por los alemanes trajo un nuevo y poderoso oponente a la guerra: Gran Bretaña. El capítulo sigue las experiencias de combate de los soldados austrohúngaros y alemanes, y la multitud de atrocidades perpetradas contra civiles belgas, franceses y serbios.

Las Potencias Centrales no fueron las únicas en lanzar campañas ofensivas al estallar la Primera Guerra Mundial. El **capítulo 4 (Guerra defensiva)** examina las ofensivas y atrocidades —durante mucho tiempo ignoradas por los historiadores— del Ejército ruso en Europa central en 1914-1915. Tanto Alemania como Austria-Hungría fueron invadidas en los primeros días de la guerra. El capítulo sigue las traumáticas experiencias de una pequeña ciudad alemana, Allenstein, antes de revelar la toma de rehenes, las ejecuciones y la destrucción perpetradas por las tropas rusas en la provincia circundante, Prusia Oriental. Más al sur, en la Galitzia austriaca, una región que hoy abarca el sur de Polonia y el oeste de Ucrania, las ambiciones rusas eran mayores y la violencia más encarnizada. Galitzia oriental, con su numerosa población de habla ucraniana, era uno de los principales objetivos de guerra zaristas. El zar consideraba la región «tierra primordialmente rusa» y a sus habitantes «pequeños rusos». La mayor parte de la Galitzia oriental, incluida la capital, Lviv, pasó nueve meses bajo ocupación rusa, durante los cuales se suprimió y extinguió cualquier atisbo de nacionalismo ucraniano. Incluso se prohibió imprimir la palabra «ucraniano». Los numerosos judíos de la región sufrieron una persecución aún peor. Los rusos eran cruelmente antisemitas: sus tropas perpetraron pogromos, con asesinatos, saqueos y violaciones, a medida que invadían. Durante la ocupación, el ejército llegó a considerar a los judíos una amenaza para la seguridad y ordenó deportaciones y expulsiones masivas. Esta primera limpieza étnica —en tierras que un cuarto de siglo después serían el epicentro del Holocausto— infligió terribles sufrimientos a unos cien mil judíos.

El **capítulo 5 (El cerco)** relata cómo, tras el fracaso de las primeras ofensivas, la guerra se convirtió en un nuevo tipo de extenuante «guerra popular», en la que las sociedades, y no solo los soldados, eran decisivas para el resultado. La intervención de Gran Bretaña fue crucial en esta radicalización, ya que sus enormes recursos económicos hacían probable una guerra larga, y declaró un bloqueo naval ilegal

que infligió sufrimiento a todos los hombres, mujeres y niños de Europa central. El capítulo explora cómo se adaptaron las sociedades alemana y austrohúngara, experimentando cambios culturales que primaron la unidad y el sacrificio y apuntalaron la resistencia de las poblaciones. Curiosamente, en el núcleo de esta nueva «cultura de guerra» había un lenguaje de amor. El trabajo voluntario para la comunidad en guerra pasó a conocerse como *Liebestätigkeiten* («actividades de amor»), mientras que los regalos enviados por los civiles a sus soldados en el frente se llamaban *Liebesgaben* («regalos de amor»). La otra cara de la cultura bélica alemana era el odio, dirigido principalmente hacia Gran Bretaña. La propaganda presentaba a «Inglaterra» como un conspirador que había planeado durante mucho tiempo el cerco de Alemania e incitaba al mundo contra ella. Mientras Austria-Hungría, debido a la diversidad y las diferentes tradiciones de su pueblo, se afanaba por formular una narrativa universal y movilizadora de por qué luchaba, los alemanes no tenían ninguna duda sobre quién era su enemigo más peligroso. Sin embargo, su odio resultó amargamente contraproducente. Los furibundos llamamientos para castigar a Gran Bretaña por su «guerra de hambre» mediante la liberación de una nueva «arma milagrosa», el submarino, irónicamente solo sirvieron para socavar la confianza pública en el Gobierno alemán, que temía provocar a los neutrales y sabía que los submarinos eran demasiado pocos para infligir daños graves, algo que, sin embargo, no podía admitir públicamente.

El **capítulo 6 (Seguridad para siempre)** se pregunta «por qué luchaban y morían alemanes y austrohúngaros en 1914-15». Cuando estalló la guerra, la retórica que se dirigió a la opinión pública fue la de una guerra honorable y defensiva. El capítulo examina las deliberaciones secretas de los gobiernos para explicar lo que los líderes querían de una victoria, así como lo que estaban dispuestos a aceptar. El primer programa alemán de objetivos de guerra se formuló a principios de septiembre de 1914 y establecía como «objetivo general de la guerra» la «seguridad del Reich alemán en el oeste y el este durante todo el tiempo imaginable». Aunque defensivo en su concepción, la extraordinaria ambición del programa y la visión de suma cero de las relaciones internacionales en que se basaba hicieron que pronto se convirtiera en una agresión. En el oeste, los vecinos peligrosos debían ser subyugados permanentemente y las rutas de invasión controladas de forma permanente. Una asociación aduanera, conocida como el proyecto Mitteleuropa, garantizaría el dominio económico alemán en Europa. En el este, era Austria-Hungría la que esperaba expandirse, pero la absorción de Polonia, gobernada por Rusia, o de territorios en los Balcanes cambiaría la dinámica de poder entre las diversas nacionalidades del imperio, y el acuerdo entre sus élites —algunas de las cuales saldrían ganando y otras inevitablemente perdiendo con la ampliación y la reforma— era difícil de alcanzar. La indiferencia inicial de los dirigentes alemanes

hacia una u otra región se vio alterada por la propia dinámica radicalizadora de la guerra. La invasión rusa de Prusia Oriental en 1914 desencadenó los primeros planes para crear una zona tapón. Luego, en el verano de 1915, los espectaculares avances en el Báltico ofrecieron la oportunidad de una conquista mucho mayor. Por encima de todo, tras un año de guerra industrial y bloqueo británico, una nueva concepción de la «seguridad» como una necesidad de controlar los recursos económicos proporcionó una justificación estratégica para las grandes anexiones.

Como relata el **capítulo 7 (Crisis en el frente)**, el año 1916 sometió a los ejércitos de Alemania y Austria-Hungría a una presión sin precedentes. El capítulo adentra a los lectores en las batallas que asolaron Europa. La ofensiva alemana de Verdún, iniciada en febrero, fue idea del general Erich von Falkenhayn, jefe del Estado Mayor alemán desde noviembre de 1914. Falkenhayn no creía en la capacidad de Alemania para derrotar a la poderosa coalición que se le oponía, pero esperaba que esta operación pudiera obligar a Francia a negociar la paz por separado. Su plan era muy imaginativo, cínico y estaba diseñado para explotar las ventajas intrínsecas del defensor en el fuertemente fortificado frente occidental. Los alemanes debían lanzar un asalto sorpresa desde un lugar simbólico y provocar que los ejércitos franceses «se desangraran» en vanos contraataques. La Entente, sin embargo, tenía unos poderosos planes propios y las ofensivas coordinadas de rusos, italianos, rumanos y británicos y franceses a lo largo del verano de 1916 estuvieron a punto de poner de rodillas a las Potencias Centrales. El capítulo se centra en la ofensiva rusa de Brusilov (junio-noviembre) y la ofensiva anglo-francesa del Somme (julio-noviembre). Estas batallas, muy diferentes entre sí, no colmaron las esperanzas de los comandantes atacantes, aunque ambas infligieron enormes pérdidas a las Potencias Centrales. El capítulo examina no solo los planes operativos, las tácticas y el estado de los ejércitos, sino también —a través de sus cartas y diarios— las terribles pruebas y la extraordinaria resistencia de los soldados que lucharon en estas «tormentas de acero».

El año 1916 fue testigo de la crisis en el frente interior de las Potencias Centrales, así como en el campo de batalla. Como se relata en el **capítulo 8 (Privaciones)**, fue en ese momento cuando la escasez de suministros empezó a hacer mella en los civiles. El combustible y los alimentos básicos se agotaron y se formaron largas colas en las ciudades alemanas y austrohúngaras. La desaparición de las patatas, alimento básico de las dietas centroeuropeas, obligó a los ciudadanos a subsistir con forraje para el ganado durante el famoso «invierno del nabo» de 1916-1917. Las enfermedades relacionadas con la malnutrición matarían a 424 000 civiles en Alemania y quizá hasta a 467 000 en Austria-Hungría. El capítulo examina las causas de la escasez: aunque se

culpó públicamente a la «guerra del hambre» británica, la amplia movilización de hombres y caballos para los ejércitos dejó a las granjas centroeuropeas sin mano de obra suficiente para cultivar todas sus tierras y hubo una considerable mala gestión por parte de los funcionarios. Esto fue especialmente cierto en Austria-Hungría, donde la centralización de la administración alimentaria se enfrentó a la resistencia interesada de la mitad húngara del imperio, más agrícola, y el racionamiento se introdujo tarde. Las privaciones infligieron un daño inmenso tanto a la legitimidad de los gobiernos como al tejido social. La solidaridad tan cuidadosamente cultivada en 1914 y 1915 se deshizo. El hambre puso a los ciudadanos en contra de los agricultores, a los que se acusaba de producir poco y comer demasiado. Las tensiones de clase estallaron, al igual que los conflictos étnicos en Austria-Hungría. Los judíos, que a menudo actuaban como mayoristas en las ciudades orientales del imperio, fueron tachados de explotadores y especuladores de guerra. La delincuencia se disparó, las huelgas y las revueltas por la comida desafiaron a la autoridad, el hambre minó los esfuerzos bélicos de las Potencias Centrales y, fatídicamente, la confianza pública en el liderazgo imperial.

En el **capítulo 9 (Removilización)**, el mariscal de campo Paul von Hindenburg y el general Erich Ludendorff, los dos militares designados en agosto de 1916 para dirigir el Ejército alemán y, en el contexto del descontento popular con el Gobierno imperial y la administración civil, el esfuerzo bélico alemán, ocupan un lugar central. Ambos, a diferencia de su predecesor Falkenhayn, creían fervientemente en una victoria total, y estaban de acuerdo en que Alemania

debía adoptar una centralización autoritaria y una profunda removilización para conseguirla. Se inició una vasta y megalómana campaña de rearme, el «Programa Hindenburg», para dotar a los ejércitos alemanes del armamento necesario para igualar el enorme material británico desplegado en el campo de batalla del Somme. Se creó una «Oficina Suprema de Guerra» para centralizar la producción bélica y el dúo intentó alterar la base moral del esfuerzo bélico alemán, pasando de la cooperación voluntaria de los trabajadores a la compulsión y el control. Fue una suerte para la unidad política y la resistencia de Alemania que el intento de Hindenburg de reorganizar la economía de guerra bajo el despiadado mantra de «el que no trabaja no come» fracasara, frustrado por los representantes parlamentarios socialistas y burgueses. Donde el ejército pudo ejercer sus fantasías de control fue en los territorios ocupados al este y al oeste. A principios de 1917, unos 21 millones de súbditos extranjeros —equivalentes a un tercio de la población del Reich— vivían bajo la dominación alemana. Aquí reinaban la violencia y la explotación desenfrenada de la mano de obra humana y de los recursos alimentarios, lo que contribuyó en gran medida a que las Potencias Centrales pudieran mantenerse en la lucha.

**Capítulo 10 (U-Boote).** Mientras Alemania se tambaleaba bajo el peso de una larga guerra, superada en armamento en el frente y luchando contra la escasez en casa, su nueva cúpula militar buscaba atajos hacia la victoria total. Fue la Armada la que ofreció una solución. Desde finales de 1914, se había discutido acaloradamente la estrategia de utilizar los submarinos alemanes en una despiadada campaña «sin restricciones» para someter a Gran Bretaña. Con

«Dios castigue a Inglaterra»: El odio como motivación para combatir. Los niños eran los que odiaban con más vehemencia. También figuraban entre los miembros de la comunidad de guerra más entusiastas, pues ayudaban con la cosecha, recolectaban artículos para causas bélicas y servían al Estado como medio por el que llegar a sus padres. Postal, colección del autor.



más barcos operativos y una ambición desmedida por justificar la existencia de su servicio, el jefe del Estado Mayor del Almirantazgo, el almirante Henning von Holtzendorff, afirmó en diciembre de 1916 que «podemos [...] obligar a Inglaterra mediante una guerra submarina sin restricciones a firmar la paz en cinco meses». En enero de 1917, en medio del desesperado «invierno del nabo», el káiser Guillermo II y sus militares optaron por jugar lo que el canciller Bethmann Hollweg denominó «la última carta». El capítulo explora el razonamiento erróneo de los planes para la campaña y sigue su progreso en los mares. Resultó ser la peor decisión de la guerra. La fuerza del enemigo era ilusoria: Gran Bretaña estaba financieramente agotada, las tropas francesas estaban al borde del motín y Rusia estaba a punto de sumirse en el caos revolucionario. Sin embargo, como previó el canciller, que durante años se había resistido a esta estrategia, la introducción de la guerra submarina sin restricciones —que implicaba la alteración de las reglas de enfrentamiento para poder hundir tanto barcos neutrales como enemigos— provocó que un nuevo y poderoso enemigo, Estados Unidos, declarara las hostilidades contra Alemania. Este paso en falso le costó al Reich la victoria en la Primera Guerra Mundial.

**El capítulo 11 (Ideas peligrosas)** explica el dramático colapso de la legitimidad monárquica en Europa central a lo largo de 1917. La Revolución rusa y la entrada de Estados Unidos en la guerra esa primavera plantearon un nuevo y peligroso desafío ideológico a las Potencias Centrales. El presidente estadounidense Woodrow Wilson proclamó que su país luchaba por la «democracia» y «los derechos y libertades de las naciones pequeñas». Su retórica se hacía eco de la del nuevo gobierno revolucionario ruso, que abogaba por una «paz basada en la autodeterminación de los pueblos». Para muchos en Alemania y Austria-Hungría eran visiones muy atractivas. Tras años de matanzas y hambre, ambas poblaciones anhelaban la paz. También estaban enfadados, tanto por la mala gestión alimentaria de los regímenes imperiales como por la ausencia de reformas políticas que los regímenes habían prometido implícitamente al estallar la guerra, cuando los pueblos se habían unido en torno a la bandera. En Austria-Hungría, el ascenso al trono del emperador Carlos, de veintinueve años, tras la muerte de su tío abuelo Francisco José en noviembre de 1916, ofreció una oportunidad de cambio. Carlos temía una revuelta, reconocía la necesidad de reformas internas y deseaba la paz. Sin embargo, sus negociaciones secretas con Francia fracasaron y la nueva convocatoria del Parlamento austriaco solo sirvió para aumentar las expectativas de reforma que el nuevo emperador se mostró incapaz de cumplir. Los nacionalistas checos comienzan a reclamar un futuro sin monarquía. También en Alemania existía un gran descontento. En el Reichstag, el parlamento alemán, los partidos de centro e izquierda reconocieron a mediados

de 1917 que la guerra submarina sin restricciones no había logrado poner fin rápidamente a la contienda y abogaron públicamente por las negociaciones de paz. El Ejército, sin embargo, temeroso del creciente poder del parlamento, opuesto a una mayor democratización y decidido a ganar «seguridad para siempre», siguió luchando por unos objetivos bélicos maximalistas. La guerra continuaría, pero a finales de año, la supervivencia de los desacreditados regímenes imperiales dependía únicamente de su capacidad para lograr rápidamente una victoria total.

**Capítulo 12 (La paz del pan).** A finales de 1917, parecía que la apuesta de los líderes alemanes se vería confirmada cuando, tras tomar el poder mediante un golpe de Estado, los nuevos dirigentes bolcheviques rusos pidieron la paz. A un armisticio en el frente oriental siguieron las conversaciones de Brest-Litovsk, en las que los alemanes impusieron su voluntad. Aunque los bolcheviques esperaban que sus llamamientos a la autodeterminación nacional desestabilizaran a sus enemigos, fueron ellos las primeras víctimas de esta poderosa ideología. En marzo de 1918 se renunció a las partes occidentales del antiguo imperio, unos 2,5 millones de kilómetros cuadrados con una población que incluía a polacos, ucranianos y pueblos bálticos, que se convirtieron en Estados satélites de Alemania. Rusia perdió el 90 % de su carbón, el 54 % de su industria y un tercio de su agricultura y ferrocarriles. Mientras los alemanes alcanzaban sus objetivos maximalistas en el este, sus aliados austrohúngaros solo cosecharon decepción. Asustado por las huelgas masivas en su país, el emperador Carlos creía que la paz y la comida eran urgentes si su dinastía quería sobrevivir. Cuando las conversaciones con los bolcheviques se estancaron brevemente, sus negociadores pactaron con los nacionalistas ucranianos, haciendo humillantes concesiones a cambio de un millón de toneladas métricas de grano que nunca llegaron a entregarse. El capítulo muestra cómo, a principios de 1918, los polacos de Galitzia se habían apartado de los Habsburgo y, a través de una mirada cercana a la ciudad de Cracovia, ilustra cómo las comunidades multiétnicas, antaño prósperas, se habían visto desgarradas por la escasez, las penurias y la violencia. El Ejército de los Habsburgo también se desmoronaba. Lejos de reanimarse con el regreso de los prisioneros de Rusia, los mandos temían que propagaran el bolchevismo entre sus filas. Con un centenar de miles de desertores abandonando las armas y sus unidades de depósito sacudidas durante la primera mitad de 1918 por una serie de motines, estaba claro que el colapso estaba cerca.

**El capítulo 13 (El hundimiento)** comienza con los planes de Alemania para una última y decisiva ofensiva en el frente occidental. El cese de la lucha en el este permitió al Ejército alemán transferir tropas y construir una superioridad sobre sus enemigos occidentales. Sin embargo, las posibilidades de victoria eran escasas, ya que un poderoso



«Regalos de amor»: El amor, no el odio, era la emoción que sostenía el apoyo popular a la guerra: amor a la patria, amor a la comunidad local de cada uno y, por encima de todo, amor a los maridos, padres e hijos en el Ejército. En esta imagen de 1914 vemos a auxiliares de Cruz Roja entregar alimentos a soldados germanos camino del frente. Postal, colección del autor.

Ejército estadounidense se estaba formando al otro lado del Atlántico. El capítulo sigue el curso de este último asalto, que comenzó con un éxito espectacular contra los británicos. Las líneas enemigas fueron forzadas a retroceder, se restableció la movilidad en el frente occidental pero, a pesar de un ataque tras otro a lo largo de la primera mitad de 1918, no se consiguió una victoria aplastante y las bajas fueron horribles. Cuando, en julio, los aliados lanzaron su respuesta, esta cayó sobre un ejército cuyos hombres sabían que habían perdido. Como correspondía a una «guerra popular», fue el desplome de la voluntad de los soldados de seguir luchando lo que marcó el final. Durante el verano y el otoño, británicos, franceses y estadounidenses avanzaron y tomaron prisioneros a 385 500 alemanes. Cuando, a instancias del Alto Mando del Ejército y presa del pánico, el Gobierno alemán pidió públicamente al presidente estadounidense Wilson un armisticio inmediato, el pueblo lo entendió como un reconocimiento de la derrota y el derrumbe del último puntal que sostenía la legitimidad de los regímenes imperiales de ambas Potencias Centrales. En Austria-Hungría, los comités nacionales que esperaban tomar el poder actuaron a finales de octubre, y encontraron poca resistencia. En Alemania, el temerario intento de la Armada de lanzar sus acorazados a una última y desesperada salida en busca de honor provocó un motín que rápidamente se convirtió en una revolución nacional en los primeros días de noviembre. Los desacreditados monarcas huyeron al exilio. Se firmaron armisticios: los combates de la

Primera Guerra Mundial terminaban formalmente, pero el sufrimiento y la violencia que habían desatado perdurarían, envenenando Europa.

El **Epílogo** cierra el libro considerando las consecuencias inmediatas y el legado de la Primera Guerra Mundial. Ninguno de los líderes culpables de la contienda o de la violencia y las atrocidades que esta desató jamás fue juzgado. El orden de posguerra en Europa, que reemplazó los viejos imperios con Estados nacionales que contenían grandes minorías étnicas, resultó muy inestable. Si bien la Monarquía de los Habsburgo cayó casi sin derramamiento de sangre, inmediatamente después de la guerra se produjo mucha violencia paramilitar, mientras los gobiernos nacionales sucesores buscaban hacer cumplir sus reclamos conflictivos. Además, este nuevo orden de posguerra se creó a expensas de Alemania y Hungría, razón por la cual ninguno de los dos pueblos lo aceptó. Traumatizados por el conflicto, enojados por la insistencia de los vencedores de reconocer su culpa y pagar reparaciones, el resentimiento de los alemanes enconó y envenenó la política. Lo que lo hizo aún más peligroso fue la búsqueda desesperada de los amargados y afligidos de significado alguno. Dos millones de alemanes habían muerto y más de un millón de niños no tenían padre. La guerra estaba perdida. Se habían roto tabúes y la sociedad se había empobrecido, tanto financiera como moralmente. Los supervivientes se preguntaban ¿para qué ha servido todo?



## ENTREVISTA AL AUTOR

**En primer lugar, me gustaría comenzar esta entrevista felicitándole por un libro tan exitoso, que ha merecido el aplauso unánime de la crítica y ha recibido tantos premios.**

Muchas gracias. Fue increíblemente emocionante que mi libro fuera elegido para el Premio Wolfson de Historia (el máximo galardón británico de historia) y el Premio Guggenheim Lehrman de Historia Militar, el máximo galardón mundial para estudios sobre la guerra. Ahora estoy muy emocionado y agradecido con la publicación de *El anillo de acero* en español por Desperta Ferro.

**La reinterpretación de la Primera Guerra Mundial que usted propone en *El anillo de acero* es tan sorprendente precisamente por su ruptura con la narrativa tradicional de Tuchman, muy centrada en la perspectiva de la Entente y especialmente en la de Francia y Gran Bretaña. ¿Ha descuidado la historiografía el punto de vista alemán y austrohúngaro?**

Sí, creo que sí. Durante todo un siglo, los trabajos sobre la Primera Guerra Mundial reflejaron la perspectiva de los vencedores occidentales. Los historiadores británicos y estadounidenses han tendido a simpati-

zar con Gran Bretaña y Francia. En Alemania, desde la obra del historiador Fritz Fischer en la década de 1960, la narrativa dominante presentaba el conflicto de 1914-1918 como precursor de la agresión desencadenada por Hitler en la década de 1930: el káiser Guillermo II y su gobierno eran retratados simplemente como sus predecesores en una larga continuidad de beligerancia alemana. Los historiadores tuvieron poca paciencia para entender sus temores y sus problemas y, en general, también prestaron mucha menos atención a las acciones de otras potencias.

Dicho esto, hubo muchos trabajos académicos excelentes sobre aspectos específicos de las experiencias bélicas alemanas y, en menor medida, austrohúngaras, y yo me beneficié de esta investigación, además de hacer mi propio trabajo de archivo. Historiadores como

**«La Primera Guerra Mundial fue existencial tanto para la Alemania imperial como para Austria-Hungría. Por eso se luchó tan desesperada y encarnizadamente.».**

Belinda Davis, Maureen Healy, Holger Herwig, Gerald Feldman, Holger Afflerbach, Jonathan Boff y muchos otros elaboraron excelentes estudios sobre distintos aspectos de la experiencia bélica centroeuropea. Sin embargo, había muchas lagunas, muchos temas clave estaban infraexplorados o ignorados y, sobre todo, lo que faltaba era un libro que reuniera la investigación, abordara esas omisiones y retratara el conflicto desde las perspectivas de Alemania y Austria-Hungría. Esto es lo que me propuse hacer con *El anillo de acero*.

**Tradicionalmente se considera que Alemania y Austria-Hungría fueron los instigadores de la Primera Guerra Mundial. ¿Fue una guerra buscada/provocada por ellos?**

Esa fue sin duda la opinión dominante durante mucho tiempo: ya en 1919, cuando se estaban redactando los tratados de paz que pusieron fin al conflicto, los gobiernos británico, francés y estadounidense insistieron en que los perdedores aceptaran la responsabilidad exclusiva. La llamada cláusula de «culpa de guerra» del Tratado de Versalles de 1919 provocó una ENORME ira entre los alemanes, que durante los años de entreguerras fue hábilmente avivada y explotada por los nazis para socavar la democracia alemana de posguerra.

En realidad, muchas potencias contribuyeron a que Europa entrara en guerra en el verano de 1914. Chris Clark lo demostró de forma muy elocuente en su libro *Los sonámbulos*, que salió justo antes de la publicación de *El anillo de acero*. Serbia estuvo muy implicada en el asesinato del heredero de Austria-Hungría, el archiduque Francisco Fernando, el 28 de junio de 1914, y Rusia hizo más que ningún otro Estado para militarizar las tensiones entre las grandes potencias europeas al iniciar los preparativos para la movilización muy pronto en la crisis. Alemania otorgó su infame «cheque en blanco» apoyando incondicionalmente a su aliada Austria-Hungría, pero por lo demás se comportó de forma notablemente pasiva hasta los últimos días. No fue el agresivo conspirador tan a menudo descrito en la historiografía tradicional.

En lo que difiero con Chris, sin embargo, es en que creo que su libro es demasiado benévolo con Austria-Hungría. Los Habsburgo fueron la única potencia europea que, tras el magnicidio del verano de 1914, se propuso organizar una guerra. Lo que perseguían, sin embargo, era un pequeño enfrentamiento con Serbia, no el devastador conflicto europeo que no tardó

en producirse. Fueron temerarios al creer que, si no actuaban, el imperio perdería su prestigio internacional y acabaría siendo desmembrado, al igual que los vecinos otomanos un año antes. En última instancia, el miedo –procedente sobre todo de la percepción de que estaban cercados por enemigos cuyo poder crecía inexorablemente– motivó tanto a Alemania como a Austria-Hungría a actuar de forma decisiva y desastrosa en 1914.

**Y sin embargo fue una guerra por la supervivencia de ambos Estados.**

Sí, lo fue. La Primera Guerra Mundial fue existencial tanto para la Alemania imperial como para Austria-Hungría. Por eso se luchó tan desesperada y encarnizadamente, y esta lucha es el núcleo de la narración de *El anillo de acero*. Alemania sufrió la muerte de dos millones de soldados en la conflagración. Los austrohúngaros perdieron alrededor de 1,2 millones.

En total, cerca de un tercio de todos los militares muertos en la Primera Guerra Mundial.

Y, por supuesto, todo fue en vano. En otoño de 1918, ambos Estados se hundieron en la derrota y la revolución.

Austria-Hungría desapareció del mapa. Ninguna otra sociedad se sacrificó más ni perdió tanto; un hecho que impregna la narración de *El anillo de acero*. Para comprender toda la terrible tragedia del conflicto de 1914-1918, hay que verlo a través de los ojos de los perdedores.

**Como brillante ejercicio de historia total, *El anillo de acero* excede lo estrictamente político y militar para abordar también las indispensables perspectivas sociales, económicas y culturales...**

Bien, la premisa de partida del libro es que, para librar una guerra industrial moderna, los Estados necesitan mantener el consentimiento de sus poblaciones. Las dimensiones política y militar de la guerra son muy, muy importantes, pero considerarlas por sí solas no basta para explicar cómo Alemania y Austria-Hungría resistieron durante cuatro años y medio a lo que el Kaiser Guillermo II llamó «un mundo de enemigos».

La Primera Guerra Mundial se convirtió rápidamente en una lucha de desgaste, una guerra de asedio a una escala sin precedentes. Las Potencias Centrales estaban rodeadas por enemigos con más recursos humanos y materiales. Reunir las escasas materias primas y organizar una producción eficiente se convirtieron en factores determinantes de la derrota o la victoria. Lo que los alemanes llamaban *Materialschlachten* («Bata-

**«Rusia hizo más que ningún otro Estado para militarizar las tensiones entre las grandes potencias europeas al iniciar los preparativos para la movilización muy pronto en la crisis.»**

## «Como comprendí rápidamente cuando empecé a investigar para *El anillo de acero*, estudiar la «guerra total» exige escribir una «historia total»».

llas de material»), como las del Somme o Verdún, llegaron a definir los combates del terriblemente sangriento Frente Occidental. Este tipo de combate requería la fabricación de cantidades colosales de munición de artillería. En la primavera de 1918, por ejemplo, los alemanes dispararon, en solo cinco horas, más de un millón de proyectiles contra las líneas británicas. Sencillamente abrumador.

Se desarrolló un nuevo tipo de conflicto, una «guerra total»: inflexible, que exigía el aprovechamiento de todos los recursos para la lucha, y que dependía tanto de los civiles como de los soldados. Los que quedaban en lo que acertadamente se conoció como «el frente interior» –mujeres, niños, ancianos y enfermos– eran cruciales para alimentar la maquinaria bélica con comida, combustible, municiones y todo lo demás que ejércitos de millones de personas necesitaban para luchar. Sin embargo, ellos mismos también necesitaban sostenerse, y la Revolución rusa de 1917 reveló de forma estremecedora que, en este nuevo tipo de conflicto, la derrota podía producirse lejos de los campos de batalla.

Como comprendí rápidamente cuando empecé a investigar para *El anillo de acero*, estudiar la «guerra total» exige escribir una «historia total». Para entender en conflicto, hay que fijarse tanto en los soldados que se refugiaban bajo la «tormenta de acero» como en los civiles que fabricaban los proyectiles y trabajaban en las granjas. Además, no fue solo el material que fabricaron sino, aún más, su moral lo que daría forma a la guerra. *El anillo de acero* es la historia de la determinación de estas personas para ganar, y de cómo esa determinación se desvaneció poco a poco bajo la inmensa presión del vasto conflicto de 1914-1918.

### **El elemento económico, por ejemplo, fue fundamental para el esfuerzo bélico de las Potencias Centrales, especialmente una vez que Gran Bretaña entra en guerra.**

Absolutamente. De hecho, en *El anillo de acero* sostengo que Gran Bretaña hizo más que ninguna otra potencia para radicalizar el conflicto de 1914-1918. La entrada de Gran Bretaña hizo posible una guerra larga y de desgaste. De hecho, Gran Bretaña dio a los enemigos de Alemania y Austria-Hungría una ventaja material muy grande –cinco veces la población de las Potencias Centrales y tres veces su producción económica– que se convirtió lentamente en poder de com-

bate. Gran Bretaña, con su vasto imperio y sus enormes reservas financieras, podía obtener recursos de todo el mundo.

Y lo que es peor, como potencia marítima dominante, Gran Bretaña libró una guerra económica que Alemania y Austria-Hungría, ambas potencias principalmente terrestres, no estaban preparadas para afrontar. Desplegó su supremacía naval para estrangular su comercio y negarles recursos cruciales: materiales críticos para la fabricación de municiones, combustible y, lo más controvertido, alimentos. El bloqueo naval cada vez más férreo y, según el derecho internacional contemporáneo, ilegal, que Gran Bretaña impuso a Europa Central definió la guerra y, por tanto, desempeña un papel crucial en la historia de mi libro: es el «anillo de acero» del título.

Los británicos fueron implacables. En noviembre de 1914, apenas tres meses después de iniciada la guerra, declararon todo el mar del Norte (¡todo él!) «zona de guerra» y prohibieron el tráfico marítimo hacia Europa Central. Alemania necesitaba importaciones para alimentar a su población, y este intento de estrangulamiento económico por parte de la Royal Navy fue rápidamente condenado como una «guerra de hambre». Aunque no fue la única causa –la movilización y la mala gestión administrativa también tuvieron su parte de culpa–, el bloqueo contribuyó sin duda a la malnutrición que en 1918 mató a más de 400 000 no combatientes tanto en Alemania como en Austria-Hungría.

### **Y en el aspecto social, usted insiste en el concepto de guerra popular. ¿Hasta qué punto participó la población de ambos Estados en el esfuerzo bélico, desde el reclutamiento hasta la compra de bonos de guerra?**

Es una pregunta muy importante. Los pueblos fueron fundamentales en la Primera Guerra Mundial; como ya he dicho, ningún Estado podría librar un conflicto de esta enormidad sin el consentimiento popular. El miedo de los hombres de Estado a la opinión pública fue una de las razones por las que resultó imposible negociar una paz temprana. También es revelador que la derrota fuera acompañada en todas partes por la revolución.

### **«El bloqueo [británico] contribuyó sin duda a la malnutrición que en 1918 mató a más de 400 000 no combatientes tanto en Alemania como en Austria-Hungría».**

La escala de movilización de las sociedades centroeuropeas es sencillamente asombrosa. Austria-Hungría reclutó a ocho millones de hombres en sus fuerzas armadas en 1914-1918; Alemania alistó a más de trece millones; en ambos casos, alrededor del 80 % de la población masculina de entre 18 y 50 años. Los trabajadores industriales cualificados estaban exentos o regresaban del ejército al frente durante la guerra, pero, en general, casi todo el mundo que era hombre, adulto y «apto» (un término variable, dependiendo de lo desesperada que fuera la necesidad de mano de obra) servía como soldado.

Sin embargo, esta se convirtió en una «guerra total», en la que los civiles no eran menos fundamentales que los soldados para la derrota y la victoria. Incluso los niños participaron en la campaña de guerra económica: se los organizó para recoger materiales de importancia estratégica, se los sacó de la escuela para que ayudaran a recoger la cosecha y se les animó a que incordiaran a sus padres para que donaran oro o compraran bonos de guerra para financiar los combates.

No menos importante, los civiles desempeñaron un papel crucial en el mantenimiento de la voluntad de luchar. Al principio de la guerra, la propaganda gubernamental era bastante básica, y fueron sobre todo los principales formadores de opinión –representantes parlamentarios, clérigos, sindicalistas, alcaldes, periodistas y otras figuras prominentes– los que pusieron a favor a sus electores y crearon unidad, especialmente en el caso de Alemania. Al escribir *El anillo de acero*, me fascinaron las «culturas de guerra» que se desarrollaron en los dos Estados. En 1914-1915 se produjo una oleada de patriotismo, que las empresas comerciales intentaron aprovechar y perpetuar fabricando «kitsch de guerra». Mis ejemplos favoritos son los juguetes de guerra para niños. La famosa empresa de peluches Steiff se sumó al ambiente beligerante fabricando soldados alemanes de peluche para su clientela de clase media.

Los civiles fueron muy importantes para mantener a los soldados. Durante la Primera Guerra Mundial, el servicio postal alemán transportó 28 700 millones de postales, cartas y paquetes entre el hogar y el frente. La lectura de parte de esa correspondencia transmite una poderosa sensación de los fuertes lazos de amor que mantenían unidas a las familias a través de distancias a veces enormes, penurias y horrores.

**«Los alemanes, conscientes de que un conflicto de larga duración y de desgaste les perjudicaba enormemente, asumieron una y otra vez arriesgadas y violentas apuestas que empeoraron aún más su situación estratégica.»**

Los alemanes tenían una palabra especial para los regalos que los civiles enviaban a sus soldados, *Liebesgaben*, literalmente «regalos de amor». Para los soldados que no tenían familia propia, las escuelas organizaban a los niños para que escribieran cartas y enviaran dulces y calcetines tejidos en casa. Era manipulador, pero muy, muy inteligente: es fácil imaginar el impacto emocional que tuvo en los soldados que luchaban en el infierno de Verdún o el Somme recibir un mensaje de agradecimiento de los miembros más pequeños y vulnerables de la comunidad por cuya protección morían.

Por supuesto, esta relación también tenía su reverso. Como los civiles eran tan cruciales para los esfuerzos bélicos, fueron objeto de ataques. Los años 1916-1918 fueron testigos de graves privaciones y hambre en las ciudades centroeuropeas, y la noticia de las penurias de sus familias preocupó y desmoralizó a los soldados. Por el contrario, en la segunda mitad de 1918, cuando el ejército alemán estaba sometido

a una intensa presión y en retirada, la desesperanza y la depresión que se sentía en sus filas repercutió rápidamente en el frente interior. Esta es la naturaleza de una «guerra popular»: los lazos entre civiles y soldados son fundamentales para entender el rompecabezas tanto de la tremenda resistencia como del repentino colapso de las Potencias Centrales.

**Una vez estalla la guerra, ¿qué posibilidades tenían las Potencias Centrales de ganar?**

La Primera Guerra Mundial vista desde la perspectiva de las Potencias Centrales tiene que ser una de las mayores historias de desventaja de todos los tiempos. Rodeadas por una coalición de enemigos en expansión con acceso a la mayor parte de los recursos del planeta, es sencillamente asombroso que Alemania y Austria-Hungría fueran capaces de resistir durante más de cuatro largos, amargos y sangrientos años. De hecho, consiguieron aún más: a principios de 1917, ¡estuvieron a punto de ganar! Gran Bretaña estaba financieramente exhausta, las tropas francesas estaban al borde del motín, Estados Unidos seguía siendo neutral y Rusia estaba a punto de derrumbarse espectacularmente en una revolución.

Esta es la historia que cuenta *El anillo de acero*. Explora cómo alemanes y austrohúngaros lograron resistir tanto tiempo, y también explica por qué no supieron aprovechar sus oportunidades de ganar. El principal problema fue que los alemanes, conscientes

de que un conflicto de larga duración y de desgaste les perjudicaba enormemente, asumieron una y otra vez arriesgadas y violentas apuestas que empeoraron aún más su situación estratégica. Esto se vio desde el principio de la guerra, cuando el infame «Plan Schlieffen» para ganar rápidamente una guerra en dos frentes contra Rusia y Francia invadiendo la neutral Bélgica arrastró a Gran Bretaña a la contienda. Luego, en 1917, Alemania desperdició su segunda gran oportunidad de ganar lanzando una guerra submarina sin restricciones y provocando a Estados Unidos para que declarara las hostilidades... como afirmo en el libro, fue la peor decisión de toda la guerra.

### **Potencias Centrales muy diferentes entre sí y que sufrieron de forma muy distinta los estragos de la guerra.**

¡Es cierto! Alemania era principalmente un Estado-nación, aunque contaba con minorías polacas y danesas. Austria-Hungría, en cambio, era un imperio multiétnico con once lenguas reconocidas oficialmente. Alemania también era más fuerte económicamente, con una base industrial mucho mayor, aunque Austria-Hungría estaba, al menos superficialmente, en mejor posición para soportar el bloqueo, ya que al principio de la guerra podía cubrir sus propias necesidades alimentarias. Ambos países contaban con administraciones descentralizadas, lo que planteaba importantes retos a la hora de gestionar las economías y la escasez en la «guerra total» de 1914-1918. Uno de los problemas a los que se enfrentó Austria-Hungría debido a su diversidad étnica fue que sus dirigentes tuvieron grandes dificultades para elaborar un discurso que explicara por qué había estallado la guerra y por qué merecía la pena luchar y que resultara atractivo para todos los pueblos. Los Habsburgo nunca lo consiguieron, lo que supuso un gran fracaso.

Sin embargo, gran parte de la diferencia entre estas dos potencias provenía de la confianza que sus líderes tenían en sus pueblos. Cuando se avecinaba la guerra, el Gobierno alemán trabajó duro y con habilidad para ganarse a los representantes hostiles de la clase obrera, y Alemania consiguió entrar en las hostilidades con poderosas muestras de unidad nacional. En Austria, no se convocó al parlamento en 1914 y, en su lugar, intentaron castigar incluso la oposición más marginal al estallido de la guerra; un gran error, ya que

cuando las cosas se pusieron feas –y se pusieron muy feas– fue fácil para los políticos nacionalistas fustigar a los Habsburgo por imponer una guerra no deseada a sus pueblos, socavar la autoridad imperial y, en última instancia, exigir la independencia.

Además, los alemanes eran, por regla general, más competentes que los austrohúngaros. En Alemania, la gestión de los alimentos era deficiente, pero en Austria-Hungría era espantosa. El hambre socavó fatalmente la legitimidad de ambos regímenes imperiales. En cuanto a los ejércitos, los comandantes alemanes cometieron enormes errores estratégicos que contribuyeron sustancialmente a la derrota de su país, pero al menos sabían cómo ganar una batalla y no les importaba la vida de sus hombres. El Alto Mando austrohúngaro, por el contrario, fue un desastre, chapucero en la movilización del verano de 1914, incapaz de detener una invasión rusa de las tierras agrarias del noreste del Imperio y responsable de vanas ofensivas sobre cadenas montañosas en pleno invierno. El esfuerzo militar de los Habsburgo fue un fracaso.

### **Usted cuenta a lo largo del libro algo que también desarrolla en *La Fortaleza*, cómo la Gran Guerra dejará un legado de sufrimiento, odios étnicos y violencia en Europa Central y Oriental que alcanzará su punto álgido dos décadas después.**

Esta es, para mí, la tragedia de la Gran Guerra... tanto sufrimiento, caos y destrucción que envenenaron la sociedad y la política europeas durante generaciones. Si observamos el conflicto desde la perspectiva de Alemania y Austria-Hungría, nos daremos cuenta

**«Alemania era una sociedad infeliz, no reconciliada, y el trasfondo de violencia y resentimiento que la guerra dejó tras de sí estallarían, como es bien sabido, apenas veinte años después, con un horror aún mayor.»**

de ello. La guerra, especialmente en Europa Central y Oriental, desencadenó horrores que, una vez desatados, no fueron fáciles de frenar.

Mi otro libro con Desperta Ferro, *La Fortaleza*, cuenta la historia del asedio más largo de la Primera Guerra Mundial, en la ciudad-fortaleza de Przemysl, en el frente oriental, y pone al descubierto los brutales combates y la limpieza étnica perpetrados en la ciudad y la región circundante ya en 1914-1915. *El anillo de acero* retoma esta historia de violencia, atrocidad y odio perdurable para toda Europa Central. La grave escasez de alimentos precipitada por la movilización y el bloqueo espoleó el antisemitismo y el antagonismo de clases en todo el continente. El colapso de la mul-

tiénica Austria-Hungría desató el derramamiento de sangre entre sus pueblos. La guerra empobreció a Europa Central, no solo económicamente, sino también moralmente. Sus sociedades se intoxicaron de dolor, amargura y violencia.

En ningún lugar fue tan evidente como en Alemania. Los alemanes nunca aceptaron su derrota de 1918. ¿Cómo podrían haberlo hecho? La derrota hizo inútil la muerte de dos millones de jóvenes, y las familias afligidas querían desesperadamente encontrar algún significado a su sacrificio. Los amargos antagonismos de clase que se habían abierto bajo las penurias de la guerra se profundizaron aún más después de la guerra, cuando tanto la extrema izquierda como la extrema derecha intentaron dar golpes de Estado. Nadie –en ningún lado del espectro político– estaba dispuesto a aceptar el Tratado de Versalles. Alemania era una sociedad infeliz, no reconciliada, y el trasfondo de violencia y resentimiento que la guerra dejó tras de sí estallaría, como es bien sabido, apenas veinte años después, con un horror aún mayor.

**Un mundo convulso, el de la Europa de entreguerras nacida de los rescoldos de la Primera Guerra Mundial, en el que muchos ven reflejado el mundo actual. ¿Comparte usted esa opinión?**

No cabe duda de que hoy en día hay ecos de la Primera Guerra Mundial. De hecho, en algunos aspectos el conflicto sigue entre nosotros. El actual derramamiento de sangre en Oriente Próximo se remonta a 1917 y la ideología imperialista rusa que motivó a Vladímir Putin a invadir Ucrania en 2022 procede directamente del siglo XIX. Muchas de las atrocidades del moderno ejército ruso en Ucrania repiten las perpetradas por las fuerzas del zar en la misma región en 1914-1915. Aquel conflicto se ha convertido en una guerra de desgaste, y los medios de comunicación comparan a menudo los combates en defensas fijas con las trincheras del Frente Occidental de la Primera Guerra Mundial.

Si la Primera Guerra Mundial nos enseña algo, creo que son los peligros y la inmensa dificultad de restablecer la estabilidad internacional tras una guerra de desgaste prolongada. *El Anillo de Acero* muestra esa verdad muy claramente. En el contexto de la actual sangría en Oriente Medio y Europa del Este, 1914-1918 nos ofrece una advertencia. Garantizar una paz duradera y evitar un nuevo ciclo de violencia será uno de los retos más difíciles de nuestra era.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

La guerra terrestre (4): «Lo muy decisiva que es la “ración de hierro” en campaña». Broma militar alemana: el soldado de la derecha está atado a un árbol por haberse comido su «ración de hierro» [ración de emergencia] sin permiso; este castigo, conocido como Anbinden, se practicó hasta 1917. El soldado de la izquierda huye de una «ración de hierro» muy diferente, en este caso disparada por el enemigo. Postal, colección del autor.



DOSIER DE PRENSA



# ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos

Introducción

- 1 Decisiones bélicas
- 2 Movilizar al pueblo
- 3 La guerra de las ilusiones
- 4 Guerra defensiva
- 5 El cerco
- 6 Seguridad para siempre
- 7 Crisis en el frente
- 8 Privaciones
- 9 Removilización
- 10 *U-Boote*
- 11 Ideas peligrosas
- 12 La paz del pan
- 13 El hundimiento

Epílogo

Bibliografía

Índice analítico

# DOSIER DE PRENSA



# CAPÍTULO 1

## DECISIONES BÉLICAS

La Primera Guerra Mundial la iniciaron las pequeñas élites dirigentes. El pueblo no fue consultado. En el verano de 1914, los salones del poder de toda Europa rebosaban de desconfianza, temeridad, arrogancia y, por encima de todo, de miedo. Sin embargo, los líderes de Austria-Hungría eran una excepción, pues fueron los únicos que planearon, ya desde principios de julio de 1914, llevar a su país a la guerra. El conflicto que buscaban tras los asesinatos de Sarajevo era una guerra balcánica, no mundial, y trataron de provocarlo con asombrosa y obsesiva determinación. El ministro de Exteriores austrohúngaro, el conde Leopold von Berchtold, un hombre sensible cuya verdadera pasión era el arte y los caballos más que la política, y quien en el pasado no se había destacado por su firmeza, fue el principal impulsor de tales maquinaciones. Los jóvenes diplomáticos a sus órdenes y los militares le animaron a seguir. En la tarde del 30 de junio, dos días después de los asesinatos, el emperador Francisco José lo recibió en audiencia. El monarca, de 83 años de edad, no tenía una relación muy estrecha con su difunto sobrino. Aun así, Berchtold lo encontró dolido y conmovido. Ambos hombres acordaron que el tiempo para la «política de la paciencia» había terminado. Era necesario mostrar más dureza hacia Serbia.<sup>3</sup>

La red de alianzas y el equilibrio de poder de la Europa de 1914 hacía que cualquier agresión austrohúngara contra Serbia, diplomática o militar, estuviera cargada de peligros. De hecho, las relaciones entre los Habsburgo y Serbia eran hostiles desde 1903, cuando un golpe militar nacionalista llevó al trono a la dinastía Karadjordjević. El nuevo Gobierno y sus mandatarios, no contentos con liberar a su país de la condición de satélite habsburgo, empezaron a apoyar, a veces de forma encubierta y otras más abiertamente, la agitación a favor de la Gran Serbia, que aspiraba a arrancar al imperio multiétnico sus provincias sudeslavas. El coronel Dragutin Dimitrijević, el poderoso jefe de inteligencia militar y fundador de la sociedad revolucionaria secreta *Ujedinjenje ili smrt!* [¡Unión o muerte!], facilitó el terrorismo en los territorios de los Habsburgo de Bosnia y Croacia y, aunque los investigadores austrohúngaros lo ignoraban, organizó el complot para asesinar al archiduque Francisco Fernando.<sup>4</sup> Sin embargo, el pequeño Rei-

no de Serbia contaba con el respaldo de la poderosa Rusia, el principal competidor en los Balcanes del Imperio de los Habsburgo. Rusia tenía una estrecha alianza con Francia y, desde 1907, con Gran Bretaña, aunque menos firme: era la «Triple Entente». Cualquier disputa entre el Imperio y Serbia implicaría de inmediato a esas grandes potencias. Berchtold sabía que para tener manos libres contra el país que creía –carecía de pruebas sólidas– que había planeado matar al heredero austriaco necesitaba sumar a su conspiración a los alemanes, el único aliado fiable del Imperio austrohúngaro y principal potencia bélica de Europa. El 5 de julio, Alek Hoyos fue a Berlín a solicitar su apoyo. Llevaba dos documentos. El primero era una carta de Francisco José para el káiser Guillermo II. Redactada por el Ministerio de Exteriores de los Habsburgo, advertía de que la «agitación criminal» de Serbia no podía «quedar sin castigo». El segundo era un sombrío memorando acerca de la situación estratégica de las Potencias Centrales. Escrito por orden de Berchtold poco antes del magnicidio de Sarajevo por un alto cargo del ministerio, el barón Franz Matscheko, fue revisado a toda prisa después de los asesinatos para darle un tono más beligerante y enfatizar las inquietudes germanas. Subrayó la menguante influencia de los Habsburgo en los Balcanes y la necesidad de estrechar la alianza con Bulgaria, en lugar del secreto y poco fiable aliado de las Potencias Centrales, Rumanía. También se insistió en la agresividad creciente de la alianza franco-rusa, causa de aguda preocupación en Berlín. Una adenda advertía del peligro inmenso de «la agitación a favor de la gran Serbia, que no se detendrá ante nada» e, insinuando la necesidad de violencia, abogaba por una acción vigorosa. Ninguno de ambos documentos mencionaba abiertamente la guerra, porque, aunque Berchtold estaba decidido, el emperador todavía no se inclinaba de forma irrevocable por esta opción y el conde Tisza, el poderoso ministro presidente de Hungría, cuyo punto de vista no podía obviarse, se oponía. Para eludir sus dudas, Berchtold optó por elegir a Hoyos, un abierto partidario de la guerra con excelentes contactos en Berlín. El beligerante *chef de cabinet* se aseguraría de que los alemanes vieran que la Administración de los Habsburgo estaba decidida a ir a la guerra.<sup>5</sup>

## CAPÍTULO 3

# LA GUERRA DE LAS ILUSIONES

El cuerpo de oficiales alemanes se consideraba a sí mismo garante y depositario del «espíritu» del Ejército, el atributo moral y psicológico reverenciado por las fuerzas armadas de principios del siglo XX. Con un total de 33 036 mandos profesionales y 40 000 reservistas en el momento del estallido de la contienda, sus valores no eran tan marcados por la élite tecnocrática del Estado Mayor General, sino más bien por una cultura marcial aristocrática de mayor antigüedad. La nobleza constituía casi un tercio de la oficialidad profesional y predominaba en sus escalones superiores, donde poco más de la mitad de los rangos, desde coronel (*Oberst*) a general (*General*), procedía de la tradicional casta guerrera. La burguesía proporcionaba el resto de los oficiales en activo, así como casi todos los reservistas. Las elevadas barreras educativas y, para los oficiales de reserva, la necesidad de pagar un año de instrucción excluían al proletariado.<sup>16</sup> Aunque resulte extraño para la visión moderna, el liderazgo del Ejército estaba absolutamente convencido de que su exclusividad social era indispensable para cumplir su función castrense. El cuerpo quería hombres que, por crianza y educación, interiorizaran su código de honor, cumplieran con altas expectativas morales y ofrecieran lealtad inquebrantable al monarca, al cual debían fidelidad. Los oficiales de la era guillermina consideraban a la oficialidad francesa, que reclutaba a más de la mitad de sus miembros entre las clases de tropa, como una advertencia de los peligros que comportaban las modas del progreso social. Lo consideraban, no sin cierta razón, una entidad politizada, dividida y desmoralizada y dudaban de que tuvieran suficiente autoridad moral para disciplinar a sus hombres bajo la tensión inmensa del combate.<sup>17</sup>

Esta concepción aristocrática del mando, aunque en parte debida al esnobismo, es indudable que contribuyó de dos maneras al rendimiento de la oficialidad germana. Primero, fomentó un paternalismo consciente. El cuerpo insistía en que «es el privilegio bueno y grato del oficial un cuidado incesante por el bienestar de sus hombres».<sup>18</sup> Se consideraba que los mandos de



«¡Yo no quería esto!»: El káiser Guillermo II niega su responsabilidad en la guerra. En época de paz, Guillermo gustaba de emplear retórica beligerante y es el autor último de las desastrosas decisiones de su Gobierno en julio de 1914. Sin embargo, la conflagración mundial le atemorizaba y responsabilizó a la conducta agresiva de Rusia de forzarlo a intervenir. Postal, colección del autor.

clase alta estaban mejor preparados para esta responsabilidad debido a que se les habían instruido, desde tierna edad, en los preceptos del *noblesse oblige*, la doctrina aristocrática según la cual el privilegio implica una responsabilidad hacia sus inferiores sociales. Si bien esta no siempre se cumplía, como atestiguan las quejas socialistas de preguerra contra el maltrato que la tropa sufría a manos de

sus oficiales, en 1914 y 1915 este modelo de mando sirvió para suavizar las relaciones entre rangos al proteger a la tropa de las penurias e incrementar su resistencia.<sup>19</sup> En segundo lugar, existía la convicción de que unos hombres con un fuerte código de honor personal, que en época de paz estaban dispuestos a batirse en duelo por defenderlo, estaban mejor preparados para dar la vida en defensa del honor del cuerpo, del regimiento, por el káiser y la patria. Más que como un puesto dirigente, la oficialidad estaba considerada una vocación moral y didáctica: «El oficial es el modelo de sus hombres; su ejemplo les hace avanzar con él». La «fortaleza de carácter» y la «seriedad moral», cualidades cultivadas en las academias de cadetes y en los *Gymnasien* [institutos de secundaria] de Alemania con no menos insistencia que en las escuelas privadas británicas, eran esenciales para que los oficiales ganaran el respeto de sus hombres y proporcionaran ejemplos inspiradores de coraje y sacrificio, necesarios para liderarlos en un campo de batalla batido por el fuego.<sup>20</sup> La tasa de mortalidad de la oficialidad germana sugiere que, durante la contienda, cumplieron tales expectativas. Un 13,3 por ciento de los soldados germanos murió, mientras que un 15,7 por ciento de los mandos de reserva y un terrorífico 24,7 por ciento de profesionales perecieron en acto de servicio.<sup>21</sup>

## CAPÍTULO 5 EL CERCO

La invasión de Alemania (1): Desfile del Ejército ruso en Insterburg, Prusia Oriental, 3 de septiembre de 1914. Las figuras indicadas con los números 1 y 2 son el general Rennenkampf, al mando del Primer Ejército, y el gran duque Nikolái, comandante en jefe del Ejército del zar. Postal, colección del autor.

La cultura de guerra que creció por toda la Europa central en 1914 y 1915 fue una respuesta, de gran adaptabilidad, a la mutación del conflicto en una larga pugna de desgaste. Surgió del interior de las sociedades, no fue impuesta por los Gobiernos. El amor era su núcleo central, manifestado por medio del apoyo de las familias, la solidaridad comunitaria y una jerarquía de sacrificio, en cuya cúspide estaban los soldados de primera línea. Era una cultura inclusiva: mujeres y niños podían participar en colectas y ahorros, sacrificando y recogiendo para las tropas y las víctimas bélicas de la comunidad. Las lealtades regionales o, de forma más efectiva, las municipales tenían una importancia crucial, pues permitieron a las élites locales salvar la distancia entre el individuo y el Estado. En Alemania, alcaldes, maestros, sacerdotes y periodistas en las ciudades y parroquias fueron figuras clave a la hora de mediar en la movilización y canalizar las lealtades locales en aras de la causa nacional. En Austria-Hungría, estas mismas personalidades tenían muy a menudo simpatías nacionales, pero en 1915 siguieron sosteniendo la doble movilización nacional-imperial. Por más peligroso que esto fuera a largo plazo para el Estado multiétnico era inevitable: en este singularmente brutal y omnipresente conflicto, la resiliencia nacional e imperial dependían del amor familiar y de millares de movilizaciones locales.

El odio, la emoción que se suele asociar más a menudo con la cultura de guerra, resultó ser destructivo. Es indudable que una idea clara de quién era el enemigo ayudó a los Estados contendientes a movilizar a sus poblaciones. La incapacidad del Imperio austrohúngaro de proporcionar un relato bélico imperial perjudicó al compromiso y unidad de sus pueblos, así como el vigor y propósito de su esfuerzo de guerra. Sin embargo, el odio, en el mejor de los casos, era un arma de doble filo. Se volvió contra el interior y atacó la solidaridad de las sociedades de ambas Potencias Centrales. En Alemania, el odio contra Gran Bretaña, inflamado por el cerco y el bloqueo, evolucionó, gracias a la falta de moderación de las élites conservadoras anexionistas y la conducta poco realista de la Marina,



en una agria disputa interna por los submarinos que socavó la confianza en el Gobierno nacional y la *Burgfrieden*. En Austria, el odio patológico de los militares hacia los nacionalistas y el temor a la subversión política les condujo a emprender guerras contra grupos étnicos de los que desconfiaba, como eslavos del sur, rutenos, italianos y checos, lo cual atizó la animosidad y dañó la estabilidad y reputación del imperio. Las divisiones que se abrieron no dejarían de ampliarse y las preguntas de por qué se combatía la guerra y cómo se podría conseguir la victoria se hicieron aún más acuciantes en 1916, año que trajo una nueva intensidad al combate y, a los civiles, penurias inimaginables.

## CAPÍTULO 8

# PRIVACIONES

Para los civiles centroeuropeos, el año 1916 no fue menos siniestro que para sus soldados. El interior y el frente estaban íntimamente conectados y era inevitable que las sangrientas luchas al este y oeste repercutieran mucho más allá del campo de batalla. Con siete millones de alemanes y casi cinco de austrohúngaros en los cuarteles o en el frente, casi todas las familias tenían a alguien de quien preocuparse. Conforme aumentaban las bajas –el total de muertes militares de Alemania y Austria-Hungría desde el inicio de la guerra superó el millón en el transcurso de 1916– también crecían el número de los que guardaban luto en la patria.<sup>1</sup> Además, esas sociedades, aparte de padecer una tristeza inconsolable, inquietud y estrés, también estaban cada vez más exhaustas y empobrecidas. La canalización de recursos hacia las fuerzas armadas, el bloqueo cada vez más asfixiante, el agotamiento del suelo y la mala gestión burocrática conllevaron terribles penurias. Para el frente interior, el rasgo definitorio de ese año fue el desabastecimiento alimentario.

Los habitantes de las ciudades alemanas y austrohúngaras, y sobre todo los de las grandes metrópolis, se enfrentaron, a partir de los años centrales de la contienda, a una lamentable lucha por encontrar comida. Podemos entrever en las cartas de Anna Kohnstern a su hijo-soldado Albert los problemas que atravesaban su madre y otros ciudadanos de Hamburgo, la segunda urbe más grande de Alemania. En marzo de 1916 le contó que se formaban colas de 600 a 800 personas ante las tiendas cada vez que llegaba un envío de mantequilla. Sus cartas de abril evidencian que el frente interior se estaba convirtiendo en un campo de batalla para el consumidor: según

le explicó, en un tumulto para comprar carne, fallecieron dos mujeres y dieciséis tuvieron que ser hospitalizadas. Tanto la mantequilla como la carne habían sido escasas y caras durante buena parte del año anterior. Lo que empeoró 1916 fue que se consumió el grano de la última cosecha antes del nuevo año y que en primavera las patatas empezaron a agotarse. La familia perdió peso, Anna en particular, pues enviaba a su hijo en el frente una parte de su insuficiente ración. Con el verano se produjeron en Hamburgo los primeros disturbios de importancia por el hambre, en el que millares de mujeres y jóvenes de clase trabajadora gritaron pidiendo pan, saquearon panaderías y pelearon contra la policía. El otoño frío y húmedo creó las condiciones para que un hongo destruyera la mitad de la cosecha anual de patatas. Esto hizo inevitable un invierno terriblemente difícil, el peor, desde el punto de vista nutricional, de los que Alemania experimentó durante la contienda. En noviembre, Anna, desesperada, escribió a Albert: «Comprar comida está cada vez peor. Una se pasa todo el día de un lado a otro y no consigue nada». La madre y sus cinco hijas cerraron casi toda la casa y se apiñaron en una sola habitación para ahorrar combustible de calefacción, que también era caro y escaso. Al igual que otras familias en toda Centroeuropa, las Kohnstern subsistieron ese invierno a base de nabos, un alimento para ganado que el Estado obligó a los granjeros a ceder. Las cartas de Anna empezaron a transmitir una franca desesperación. «No podremos superar el invierno –recogió el primer día de diciembre, cuando todavía les esperaba la peor parte de su calvario–. Ya hace mucho que debería haber finalizado la guerra».<sup>2</sup>

Hambre: Personas hacen cola para adquirir comida en Cracovia en 1916. Dos policías se llevan arrestado a alguien que había intentado saltarse la fila, mientras otros agentes mantienen el orden entre la muchedumbre. Pintura de K. Bąkowski, 1916, Muzeum Historyczne Miasta Krakowa: 2459/III.



# DOSIER DE PRENSA

## CAPÍTULO 8

# SOCIEDADES DEVASTADAS

No hubo nada que minara tanto la solidaridad, fomentada con tanto esmero en 1914 y 1915, como la falta de alimentos. El hambre volvía a las personas irritables, envidiosas y propensas al nerviosismo y a caer con facilidad en las veleidades tan características de la mentalidad bélica. El que la comida se convirtiera en el bien máspreciado revirtió el orden social de preguerra. Para la clase media en particular, esto fue traumático. Durante la contienda, tener una carrera, estudios o una profesión servía de poco. Un buen trabajo de despacho era una carga para competir por los alimentos contra sus inferiores sociales de las fábricas de armamento. Entonces, los tipos sofisticados de ciudad se doblegaban ante los rústicos, que antes de la guerra eran ignorados u objeto de mofa. El desabastecimiento alimentario so-

más perceptibles e inquietantes». <sup>77</sup> Aunque los granjeros estaban mejor alimentados que nadie, tenían buenos motivos para sentirse agraviados. En época de paz, las políticas económicas de Alemania y Hungría favorecían a los productores agrícolas. El aprovisionamiento bélico trastocó de arriba abajo las prioridades del Estado. Enfrentado a la necesidad de alimentar grandes contingentes militares y a una frustrada población urbana, se centró en proteger a los consumidores. En los primeros dos años de guerra, se impusieron precios máximos para lograr ese objetivo, lo que tenía la gran ventaja de que contenía la inflación, pero no ofrecía incentivo a los granjeros para producir más y rara vez tenía en cuenta la subida de los costes de producción. La introducción des-

coordinada y desigual de controles provocó una batalla de ingenio entre granjeros y funcionarios, en la cual el perjudicado fue el consumidor urbano. En 1915, en respuesta al encarecimiento del pienso, buena parte del cual se importaba antes de la guerra, los bajos precios oficiales de cereales y patatas, y la ausencia de controles sobre la carne, los productores retiraron cereales y patatas del mercado y los dedicaron a la alimentación del ganado. Los funcionarios trataron de reequilibrar la producción mediante sacrificios de puercos, imposición de controles sobre la carne y manipulación de otros precios máximos. Se introdujeron de forma gradual las cuotas de producción y en 1917 y 1918 se registraban granjas en busca de reservas no declaradas de



La invasión de Alemania (2): Refugiados se apresuran hacia la estación de tren de Allenstein, verano de 1914. Unas 800 000 personas huyeron de su casa durante la primera invasión rusa de Prusia Oriental y 500 000 durante la segunda. Fotografía de *Die Russenherrschaft in Ostpreußen und ihr Ende*, München, F. Bruckmann, 1915, 239.

cavó la *Burgfrieden* de forma espectacular. En marcado contraste con las comunidades cohesivas presentadas por la propaganda inicial, alemanes y austrohúngaros se dividieron en grupos de interés en competición, todos en busca de aliviar su hambre.

La primera división, y la más profunda, era la que separaba a productores de comida del campo y a consumidores urbanos. A la conclusión de 1916, los mandos militares del interior de Alemania advertían de la «agudización del conflicto entre la ciudad y el campo –que consideraban– una de las manifestaciones de la guerra

ganado y productos agrícolas. Solo en la segunda mitad de la contienda las autoridades optaron por los incentivos. Sin embargo, para entonces la economía había pasado a producción bélica a gran escala y los campesinos ya no podían comprar apenas nada con el efectivo adicional, de modo que su efecto fue limitado. Por el contrario, las medidas oficiales fomentaron sin querer un floreciente mercado negro, en particular de productos lácteos y cárnicos. Aunque los granjeros solían ir un paso por delante, rechazaban un sistema que consideraban arbitrario y contrario a sus intereses. <sup>78</sup> La sensación de persecución creció e inflamó por igual tanto el deseo de paz como la desconfianza hacia las autoridades. En el otoño de 1916, el Reich anunció su quinto empréstito de guerra, pero los granjeros retiraron su dinero de las cuentas de ahorro, pues circulaban rumores de que el Gobierno lo podría confiscar para financiar el esfuerzo bélico. <sup>79</sup>

## CAPÍTULO 8

# SOCIEDADES DEVASTADAS

La consecuencia de la desesperación y el distanciamiento fue una agitación creciente. Las huelgas aumentaron. En Alemania, de apenas 14 000 huelguistas y 42 000 días perdidos en 1915, se pasó al año siguiente a 129 000 huelguistas y 245 000 días perdidos.<sup>115</sup> En las grandes urbes, los desórdenes también aumentaron, toda vez que las colas para obtener alimentos derivaron en protestas y los hambrientos manifestantes desfilaron hasta los ayuntamientos para exigir a los funcionarios locales raciones más elevadas. Los disturbios del hambre en los suburbios de Hamburgo de agosto de 1916 ejemplifican estas tensiones. Los desórdenes comenzaron la tarde del 18 de agosto en el distrito de clase obrera de Barmbek, donde muchedumbres de mujeres, adolescentes y niños rodearon las panaderías e intentaron obtener pan sin cupones. No cabe sorprenderse de que se sintieran con derecho a una ración suplementaria, pues los meses precedentes habían sido de una extraordinaria dureza. Durante todo junio y julio no hubo patatas. De repente, a finales de julio, llegaron tantas que no fue posible entregarlas todas y muchas se pudrieron. Entonces, el esquivo tubérculo volvió a desaparecer de los establecimientos de Hamburgo. Esa noche, la frustración acumulada se manifestó en forma de violencia: rompieron los escaparates de las panaderías y saquearon las existencias. El día siguiente fue testigo de nuevos desórdenes, no solo en Barmbek, sino también en un segundo suburbio, Hammerbrook. La policía se enfrentó con sables a los saqueadores y se hizo venir a unidades militares para restablecer el orden. Fueron saqueadas 60 tiendas, hubo 13 heridos graves y 37 arrestados. El general adjunto al mando, en reacción al papel de los menores en los disturbios, prohibió a los de menos de 14 años dejarse ver por las calles después de las 8 de la tarde sin ir acompañados de un adulto.<sup>116</sup>

Escenas similares se vieron con creciente frecuencia, no solo en Alemania, sino también por todo el Imperio de los Habsburgo. En Bohemia, por ejemplo, los disturbios por la comida se duplicaron, de 35 en 1915, a 70 en 1916 y se expandieron aún más en los años siguientes, con 252 y 235 manifestaciones públicas en 1917 y 1918, respectivamente. También aumentaron en tamaño: 40 tuvieron más de 1000 participantes y a algunas, como la que tuvo lugar en Königgratz, acudieron más de 10 000.<sup>117</sup> Por otra parte, las peores privaciones, el carácter más represivo del régimen bélico y la ausencia de válvula de seguridad a cau-

sa del cierre permanente del Parlamento y la estricta censura de prensa dio a la expresión de rabia austriaca un carácter político más explícito. La ira acumulada de los contrarios a la guerra se manifestó dramáticamente el 21 de octubre de 1916. Ese día, Friedrich Adler, pacifista radical, socialista e hijo del venerable líder socialdemócrata Viktor Adler, disparó en público al ministro presidente Stürgkh en el restaurante de un hotel del centro de Viena. El asesino era un lobo solitario. Dentro de su partido era un crítico, acérrimo pero aislado, de la colaboración de los socialistas con el régimen belicista. Friedrich Adler estaba frustrado porque la censura prohibiera sus escritos en contra de la guerra y porque el Ejército hubiera movilizado a camaradas de ideas similares. Su protesta violenta fue un acto de depresión y de desesperación. No obstante, en su declaración durante el juicio, acusó con razón a los líderes imperiales de librar la guerra no con el consentimiento de los pueblos, sino por medio de la represión. Friedrich adujo que había cometido el mismo crimen que el Gobierno: matar sin el consentimiento del pueblo. El ejecutivo inconstitucional de Stürgkh y la falta de cualquier otro modo de protesta, daban legitimidad a su acto:

El Ministerio ha despedazado la constitución; el Ministerio ha renunciado a su legalidad; el Ministerio ha renunciado a su labor de consagrarse a las leyes de Austria [...] todo el mundo tiene derecho de usar la fuerza cuando las leyes son destruidas [...] cuando todos los métodos constitucionales fallan [...] cuando no hay Parlamento, donde no hay garantía de justicia, donde todo eso ha sido arrebatado.<sup>118</sup>

En un mal presagio para el régimen de los Habsburgo, hubo una llamativa ausencia de simpatía pública por la víctima. Friedrich Adler fue condenado a muerte pero, por mediación del emperador, le conmutaron la pena por dieciocho años de trabajos forzados. La decisión de no convertirlo en un mártir era juiciosa, pues dentro y fuera de la clase trabajadora vienesa lo celebraron como un héroe. Un año después del asesinato, incluso los estudiantes de la Universidad de Viena, en otro tiempo conservadores, marcharon a favor de la paz y el indulto para el asesino.<sup>119</sup>

## CAPÍTULO 10

# U-BOOTE

La Marina alemana era el proyecto favorito del káiser y una fuente de intenso orgullo nacional antes de la Primera Guerra Mundial. En un país que apenas llevaba unido unas décadas en una estructura federal, donde el Ejército seguía compuesto de cuatro fuerzas distintas, aunque estrechamente vinculadas –las de Prusia, Baviera, Sajonia y Wurtemberg– la Armada era una rara institución de genuino carácter alemán. Su expansión, y en particular su número creciente de *dreadnoughts*, fue considerada, tanto doméstica como internacionalmente, un signo de las aspiraciones de potencia mundial del Reich. Sin embargo, en la guerra, las celebradas naves de superficie de la Flota de Alta Mar (*Hochseeflotte*) tuvieron un rendimiento mediocre. La Armada lanzó algunas incursiones en 1914 y en Jutlandia, en el verano de 1916, entró por fin en batalla contra la fuerza para la que había sido construida, la Gran Flota (Grand Fleet) británica. Se desempeñó bien, pues hundió 14 buques a cambio de 11 naves propias, aunque la batalla no alteró el equilibrio estratégico. La flota permaneció encerrada en sus puertos y en el Báltico; la superioridad de su adversario le impedía salir a cortar las líneas de suministro británicas o aplastar el bloqueo contra Alemania.<sup>24</sup>

Ya en 1914, las espectaculares incursiones de los sumergibles de Alemania ofrecían un notorio contraste con la aparente inactividad de la flota de superficie. En el transcurso de los años siguientes, no solo se convirtieron en los favoritos del público, sino que también adquirieron una posición mucho más importante en el orden de batalla y los planes de operaciones de la Armada. Sus efectivos habían aumentado desde una cifra irrisoria, 37, en febrero de 1915, en el momento del primer y abortado intento de guerra submarina sin restricciones, a 105 embarcaciones dos años después. Estaban encuadrados en la Flota de Alta Mar 46 *U-Boote* y 23 buques de menor porte servían con la Flotilla de Flandes (*U-Flottille Flandern*). Todos estos submarinos operaban alrededor del Reino Unido y frente a las costas francesas. Otros 23 sumergibles estaban estacionados en las



La guerra en el mar (3): Impacto directo. Un U-Boot torpedea a un carguero aliado. La guerra submarina solía librarse a una distancia tan corta como esta. Fotografía, Archive of Modern Conflict, London: 14515.

bases austrohúngaras de Pola y Cattaro, en el Mediterráneo, 3 operaban en el mar Negro desde Constantinopla y los 10 restantes patrullaban el Báltico.<sup>25</sup> Esos barcos permitieron a la Marina salir de la sombra del Ejército y al menos demostrar su importancia dentro del esfuerzo bélico germano. El 31 de enero de 1917, un día antes de la entrada en vigor de las nuevas reglas de contacto, el

almirante Reinhard Scheer, jefe de la Flota de Alta Mar, informó con orgullo a sus hombres de que «la confianza de la nación» y la «responsabilidad de ejercer la presión decisiva sobre nuestro principal enemigo, recaen ahora sobre la Marina».<sup>26</sup>

Es indudable que los *U-Boote* eran armas formidables. Las naves modernas que conformaban el núcleo principal de la fuerza podían alcanzar en superficie velocidades superiores a los 16 nudos con sus motores diésel, de 9 a 10 nudos bajo el agua con las baterías y tenían un radio de acción de al menos 7500 millas náuticas, que, en algunos casos, podía llegar hasta las 11 500. La mayoría armaba 6 tubos lanzatorpedos, 4 a proa y 2 a popa y 1 cañón de cubierta, de 8,8 o de 10,5 cm. Los sumergibles de menor porte desplegados con la Flotilla de Flandes y en el Mediterráneo, aunque menos poderosos, eran igualmente peligrosos. Algunos, los denominados UC, eran de tipo minador; para esto, su velocidad algo más baja en superficie, 12 nudos, no era una gran desventaja. Las naves UB, cuyo armamento principal eran los torpedos, eran más rápidas, pues alcanzaban los 8 nudos bajo el agua y 14 en superficie. A partir de mayo de 1917, la Marina puso en servicio los grandes cruceros U, cuyo desplazamiento de 1510 toneladas casi duplicaba la de los submarinos ordinarios y era casi tres veces superior al porte de los tipos UB y UC, más grandes y modernos. Los Cruceros-U fueron diseñados en un principio como cargueros sumergibles capaces de evadir el bloqueo británico y uno de ellos, el *Deutschland*, hizo en 1916 dos viajes en esa misión a Estados Unidos, donde provocó un enorme revuelo público a su llegada a Baltimore. Tras ser reequipado para el combate, montaba sendas piezas de 15 cm y tubos lanzatorpedos. Pese a que eran muy poco ágiles, su apabullante radio de acción, de hasta 13 500 millas náuticas, y su capacidad de permanecer en alta mar durante tres meses y medio, permitió a la Marina proyectar fuerza a aguas hasta entonces inalcanzables.<sup>27</sup>

Desde el inicio de la campaña submarina sin restricciones, los comandantes navales germanos remarcaron la necesidad de ser siempre rápidos e implacables. El jefe de los submarinos de la Flota de Alta Mar, el capitán de fragata Hermann Bauer, decidió operar sus fuerzas a un ritmo frenético para lograr la victoria final. Los comandantes de submarinos recibieron orden de hacer patrullas breves y agresivas: las operaciones no deberían durar más de catorce días, durante los cuales deberían gastar todos los torpedos. «Ningún buque cuyo hundimiento sea autorizado deberá permanecer a flote», advirtió Bauer. Para maximizar el tiempo pasado en los cazaderos principales del Atlántico, los *U-Boote* recibieron orden de dejar de rodear la costa de Escocia. En su lugar, deberían seguir la ruta más directa y peligrosa, el canal de la Mancha. El mantenimiento de los sumergibles se reduciría al mínimo necesario para no malgastar tiempo en puerto. También se restringirían los permisos de las dotaciones y, siendo la Armada, se redoblaron las advertencias a los

marineros acerca de los peligros de las enfermedades venéreas. Los comandantes recibieron instrucciones de remarcar a sus tripulaciones que la campaña debía «decidir toda la guerra».<sup>28</sup> Es evidente que estas instrucciones, junto con las nuevas reglas de operaciones, dejaron su impronta, pues, en febrero de 1917, los hundimientos aumentaron en un 50 por ciento con respecto a los del mes precedente, hasta casi 500 000 toneladas. Esto estaba por debajo de lo prometido por Hotzendorff, pero era excusable porque durante la primera mitad del mes hubo cierta contención para permitir a la navegación neutral en el mar volver a su país una vez se declaró la zona de bloqueo. A primeros de marzo, la Flotilla de Flandes estaba eufórica. Los buques neutrales permanecían en puerto y, según informaron, las contramedidas del adversario eran inefectivas. Los submarinistas se sentían invencibles.<sup>29</sup>

Las operaciones de los meses siguientes justificaron este optimismo. Los hundimientos de marzo ascendieron a casi 550 000 toneladas. En abril, la cifra fue espectacular: 841 118 toneladas. El Almirantazgo recibió informes de inteligencia esperanzadores acerca del fuerte impacto de la campaña sobre el esfuerzo de guerra del enemigo. Al parecer, los suministros a los Ejércitos de Francia e Italia habían sufrido una abrupta interrupción y la marinería británica, indignada ante la incapacidad de su flota de protegerlos, estaba al borde de la revuelta.<sup>30</sup> La insistencia de la Marina en la guerra sin restricciones parecía justificada. En realidad, un examen más detallado de las cifras nos indica justo lo contrario.<sup>31</sup> Si la nueva e implacable táctica de «hundir en el acto» hubiera sido la causa del éxito, entonces cada *U-Boot* se habría anotado una media diaria de hundimientos mucho más elevada. Sin embargo, durante los cinco primeros meses de la campaña, los de mayor éxito, este porcentaje apenas subió una mísera media de 54 toneladas al día. En el Mediterráneo, de hecho, la tasa de hundimientos por submarino descendió. El éxito germano no se debió a las nuevas tácticas, sino al gran aumento de la cifra simultánea de sumergibles de patrulla. La Marina no solo tenía muchas y mejores naves que antes, dado que los encargados en 1915 habían entrado en servicio, sino que también las empleó con mucha mayor intensidad. La orden de atravesar el canal de la Mancha dio sus frutos, pues las defensas británicas se revelaron bastante inefectivas y la ruta más corta ahorraba seis días por misión. La reducción del mantenimiento, el ritmo de las operaciones y el escaso tiempo concedido para descanso y reparaciones incrementaron aún más el porcentaje de destrucciones. Los hundimientos de abril se lograron en buena medida porque se llevó al límite de resistencia a los mandos y a las dotaciones del arma submarina. El éxito de ese mes nunca más volvió a igualarse, ni en la Primera Guerra Mundial, ni, a pesar del mucho mayor número de naves y del equipo sofisticado, en la Segunda Guerra Mundial.<sup>32</sup>

## CAPÍTULO 13

# EL HUNDIMIENTO

Llegado el verano [de 1918], el Ejército germano estaba sentenciado. Los comandantes con mayor visión supieron ver que la contraofensiva francesa en el Marne fue, en palabras del general Hermann von Kuhl, «el punto de inflexión de la guerra».<sup>33</sup> El 8 de agosto los británicos lanzaron un segundo gran ataque en las afueras de Amiens, el cual confirmó que la iniciativa había pasado al bando aliado. En una de las mayores batallas coordinadas de la contienda, 10 divisiones de infantería y 552 carros, apoyados por 2060 cañones, sorprendieron y rompieron la línea del 2.º Ejército alemán en los arrabales de Amiens. Los británicos avanzaron casi 13 kilómetros y capturaron 15 000 prisioneros y 450 piezas. En el resto de agosto y la primera mitad de septiembre una sucesión de golpes coordinados por el mariscal Ferdinand Foch, comandante supremo de los ejércitos aliados en el frente occidental, llovió sobre diversos sectores de la línea germana. El 26 de septiembre comenzó una ofensiva aliada generalizada en todo el frente. En el momento del armisticio, el 11 de noviembre, los contingentes aliados habían avanzado un máximo de 160 kilómetros.<sup>34</sup> A la conclusión de la contienda, el Ejército de Alemania era una mera sombra de sí mismo. Desde el inicio de la contraofensiva aliada, a mediados de julio, sus bajas sumaban un total de 800 000 soldados. Apenas quedaban en el frente 750 000 infantes, en lo que un oficial de Estado Mayor denominó «una telaraña de combatientes».<sup>35</sup> Aunque los ametralladores de élite siguieron causando elevadas bajas a los atacantes aliados, todos los informes coincidían en que las unidades de fusileros germanos estaban agotadas, a medio entrenar, exhaustas y desalentadas. Empujados de manera inexorable hacia la frontera del Reich, sin esperanza de recibir relevos o refuerzos, esos hombres no tenían ninguna posibilidad de impedir la invasión de su patria.<sup>36</sup>

Este sorprendente giro de la situación estratégica se debió en buena medida a la superioridad numérica aliada. Los efectivos del Ejército germano descendieron en caída libre en el transcurso de sus ofensivas. Entre marzo y finales de julio, sufrió 977 555 bajas. Algunos se recuperaron de las heridas y volvieron al frente, pero la falta de nuevos reclutas imposibilitó reemplazar a muchos de los muertos y heridos graves, con lo que el contingente de campaña del oeste se redujo en 300 000 hombres.<sup>37</sup> En ese mismo periodo llegó a Europa más de un millón de

tropas estadounidenses. A mediados de junio, los efectivos aliados de infantería superaron a los germanos por primera vez en ese año. Iniciado agosto, los aliados alineaban 1 672 000 infantes, 277 000 más que las fuerzas del káiser.<sup>38</sup> Aún peor para los alemanes, sus enemigos gozaban también de una ventaja considerable en armamento. En el momento del inicio de las ofensivas alemanas, los aliados disponían de 18 500 cañones y 4500 aviones ante los 14 000 y 3760 del enemigo. Disponían casi de un monopolio de vehículos acorazados. Franceses y británicos desplegaron centenares de carros en sus ataques del verano de 1918, mientras que los alemanes solo llegaron a construir 20 carros de diseño propio, el torpe y poco potente A7V, además de recuperar 75 vehículos capturados.<sup>39</sup> Ludendorff atribuyó a los blindados aliados



El fin (2): Cadáveres en el frente italiano. Fotografía, colección del autor.

la derrota de su ejército. Sin embargo, los carros no eran un arma que pudiera ganar la guerra por sí sola. Lo que hizo tan formidable a franceses y británicos fue su capacidad de combinar esas armas en un sistema de batalla. Los germanos no tenían respuesta a su hábil coordinación de aviación, artillería e infantería. El temor a los blindados aliados llevó a los comandantes germanos a emplazar su artillería de campaña en primera línea, pero eso debilitaba su capacidad de responder a los bombardeos y los cañones corrían el peligro de ser capturados por el avance enemigo. Muchas de sus divisiones, que en teoría tenían 6750 infantes, a finales de otoño disponían de menos de un millar, lo cual imposibilitaba organizar una moderna defensa en profundidad.<sup>40</sup>

**Contacto y entrevistas:**

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



**DOSIER DE PRENSA**

